

Cuernavaca, Morelos.
15 de junio de 2015.

**MENSAJE DEL RECTOR, DR. JESÚS ALEJANDRO VERA JIMÉNEZ
TERCER INFORME DE ACTIVIDADES 2014-2015.**

Honorables miembros del Consejo Universitario, Junta de Gobierno, Patronato Universitario, queridos ex Rectores, Comunidad Universitaria.

Ciudadano Gobernador del Estado de Morelos, Graco Luis Ramírez Garrido Abreu y secretarios de gobierno que lo acompañan.

Diputada presidenta de la Mesa Directiva del Honorable Congreso del Estado de Morelos, Ciudadana Lucía Meza Guzmán.

Magistrada Presidenta del Honorable Tribunal Superior de Justicia de Morelos, Maestra en Derecho Nadia Luz María Lara Chávez.

Doctor Humberto Veras Godoy presidente del Consorcio de Universidades Mexicanas. Tu gestión al frente de este importante consorcio, nos impulsa a seguir avanzando en la cobertura con calidad.

Doctor Roberto Villeras Aispuro, representante personal del Secretario General Ejecutivo de la ANUIES el Maestro Jaime Valls Esponda, aliado importante de nuestra institución.

Doctor Héctor Hernández Bringas representante personal del Doctor José Narro Robles Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Querido Héctor, tu liderazgo al frente de la comisión UNAM-UAEM nos ha permitido construir un proyecto interuniversitario que nos posiciona como una de las entidades más importantes en materia de educación superior, investigación científica y difusión del conocimiento.

Colegas Rectores y directores de Universidades e Instituciones de Educación Superior que nos acompañan.

Distinguidas y distinguidos invitadas e invitados especiales.

Colegas universitarios de esta Máxima Casa de Estudios.
Jóvenes universitarios.

Distinguidos representantes de los medios de comunicación. Gracias por acompañarnos.

Familiares y amigos aquí presentes. Amada Mariel, tus muestras de apoyo son para mí una fuente inagotable de inspiración, que me ha alentado en los momentos más difíciles.

Queridas hijas: Itzel, Mayan, Itzul; querido Santiago, ustedes son y serán el motivo que me impulsa a trabajar como un hombre íntegro.

Señoras y señores.

“La gestación de la historia es la gestación del ser humano en el mundo. Nuestra historicidad es, esencialmente, la historicidad del mundo”, escribimos en nuestro primer informe de actividades.

Hoy celebramos tres años de gestión al lado de la comunidad universitaria en los que, cada día, nos hemos ido descubriendo a nosotros mismos.

Dejar constancia de nuestra historia colectiva, forma parte de la urgente necesidad de revelación de las muchas voces, porfiadamente vivas, que nos ayudan a ser: arriba y afuera, abajo y adentro, en la civilización o en la barbarie, como escribiera Eduardo Galeano.

Y descubrimos logros, mitos y actos colectivos de creación que dan respuesta a los misterios de nuestra experiencia humana y a los desafíos de una universidad pública inmersa en un mundo en crisis. A través de esta revelación, la memoria permanece, se reconoce y actúa.

En cumplimiento a lo establecido en el Artículo 28 de la Ley Orgánica de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, acerca de las obligaciones del Rector, me honro en hacer entrega de mi Tercer Informe de Actividades, correspondiente al periodo que abarca del 15 de marzo del 2014 al 14 de marzo del 2015, que sintetiza la creación colectiva del equipo de trabajo que me ha acompañado durante este ciclo histórico, y al cual agradezco, nuevamente, su esfuerzo, dedicación, responsabilidad y compromiso compartido.

Lamento profundamente que no esté con nosotros un miembro importante de nuestra comunidad, el Dr. Alejandro Chao Barona. Por lo cual les solicito guardemos un minuto de silencio. Este gran amigo y colega universitario, lo recordamos con mucho cariño.

Señor presidente municipal de Cuernavaca, Jorge Morales Barud, y todos los presidentes municipales que nos acompañan, muchas gracias por su presencia.

El Informe impreso que les será entregado, contiene un recuento de nuestro estar y hacer institucionales, revelado a través de logros que, a su vez, constituyen la semilla para nuestra siguiente siembra.

También contiene algunas reflexiones y posicionamientos que estimamos pertinentes para propiciar el diálogo y ampliar el horizonte en torno al sentido de nuestro proyecto histórico.

Nuevamente, es preciso señalar que, para nuestra gestión, todos los logros y avances referidos en el Informe son importantes, más allá de que nos parezcan magníficos o pequeños. Las acciones y realizaciones, tanto en el ámbito de las funciones sustantivas como en los procesos de gestión y administración, nos iluminan también sobre nuestras insuficiencias y metas aún no alcanzadas.

Es claro, sin embargo, que en el marco del gran desafío que constituye consolidar la autonomía y legitimidad universitarias, así como de las presiones originadas por recortes e insuficiencias presupuestarias, la ampliación de nuestra cobertura y matrícula con criterios de calidad, pertinencia, inclusión y responsabilidad social, es un logro particularmente relevante.

Ya se señaló aquí, que en el ciclo escolar 2014-2015, el incremento de matrícula fue de 10.3%, con lo cual alcanzamos un incremento de 50.6% en la matrícula total con respecto al inicio de nuestra gestión, con lo cual nos colocamos a sólo 9.4% de la meta institucional establecida para el 2018.

En este mismo sentido, se crearon 11 nuevos programas educativos: cuatro licenciaturas y siete posgrados.

Por otro lado, cabe resaltar los logros derivados de nuestra política de reorientación y regionalización de la oferta educativa: creación de 10 nuevas unidades académicas y construcción, en distintos municipios, de claustros universitarios concebidos como espacios de formación, diálogo intercultural y encuentro transdisciplinario de conocimientos y saberes, articulados a necesidades sociales concretas, locales y regionales.

En torno al imperativo de resignificar la relación universidad-sociedad y de reivindicar el espacio público universitario, hay que destacar la realización de los diálogos que hemos propiciado con y entre distintos actores sociales, que buscan respuestas a problemas de carácter local, nacional, global, que exigen urgente solución.

Estos diálogos, ya señalados en el video, son ejemplos paradigmáticos de la manera en que el espacio público universitario se constituye en espacio de encuentro de ciudadano plural que, mediante el diálogo y la deliberación crítica, reivindican su derecho a una vida digna y dan a luz alternativas de solución a sus problemas más urgentes.

También, son ejemplos del reconocimiento que hace la UAEM de la alteridad de los pueblos y grupos sociales morelenses y, por tanto, de la legitimidad de los distintos proyectos que se gestan al interior de ellos.

Por otro lado, hemos mantenido una presencia importante en foros institucionales y sociales de distinta naturaleza, y conformado espacios de concertación y negociación con distintos actores políticos y sociales, lo que se ha traducido, entre

otras cosas, en un fortalecimiento de la presencia y legitimidad social de nuestra universidad.

Asimismo, hemos desarrollado documentos que permiten analizar el contexto en el que se encuentra la universidad y establecer, a partir de ellos, escenarios de acción y contribución social.

En el orden de nuestra agenda interna, son de destacar, en primer lugar, el fortalecimiento de las relaciones con los distintos actores institucionales, los sindicatos, la federación, los colegios. La unidad mostrada por todos ellos en torno al proyecto universitario, así como la respuesta pronta, decidida y solidaria a las convocatorias de la Rectoría, para resolver problemas y situaciones tanto de orden académico, como político, financiero y organizacional, son expresiones manifiestas de este logro.

En el ámbito de la gestión institucional, cabe destacar el proceso de planeación que condujo a la formulación, seguimiento y evaluación de los proyectos estratégicos del año 2014 y, en el marco de este proceso, la construcción del Sistema Integral de Planeación y Evaluación Institucional.

Al respecto, interesa enfatizar el propósito de avanzar en un ejercicio de planeación institucional basado en proyectos estratégicos orientados a propiciar el cambio y, en este sentido, a resignificar nuestras funciones sustantivas.

En el rubro de infraestructura hay que destacar logros especialmente relevantes. En efecto, actualizar, ampliar y mantener la infraestructura existente y construir nuevas instalaciones en los distintos campus, sedes regionales y unidades académicas, en coherencia con nuestras políticas y metas de matrícula y regionalización de la oferta, ha significado una inversión sin precedentes institucionales y aquí quiero destacar el apoyo decisivo de la UNAM y particularmente del Dr. Héctor Hernández Bringas, que ha hecho posible este convenio entre instituciones.

Como ya se ha señalado, de los casi 411 millones de pesos invertidos en infraestructura en el periodo que abarca el presente Informe, el 75% proviene del Fondo de Infraestructura UAEM constituido para tal propósito. La exigencia que enfrentamos en este rubro ha sido enorme. La respuesta ha debido serlo también.

Todos estos logros y los demás que se detallan en los diferentes capítulos y apartados de nuestro Tercer Informe de Actividades, son expresiones del esfuerzo colectivo de la comunidad universitaria. Cada uno de ellos contiene una apuesta en favor de nuestros jóvenes estudiantes; confirma nuestra confianza en ellos y demanda nuestra capacidad para cambiar los umbrales desde donde mirar y vivir nuestra universidad, a fin de dotarla de nuevos sentidos.

Creemos que el balance es positivo. Sin embargo, reconocemos que tiene claroscuros, metas pendientes de calidad, pertinencia e inclusión; desafíos latentes aún no abordados suficientemente.

El video que les hemos presentado y el informe mismo, son apenas una síntesis selectiva de nuestros logros y avances. Como en informes anteriores, esperamos que dicha síntesis sea suficientemente provocativa para convocar a la comunidad universitaria y a la sociedad morelense a analizar el Informe en su totalidad y a valorar su dimensión y contenido.

Dejando de lado los detalles contenidos en dicho Informe, nuevamente abusaré de su tiempo y de su paciencia para compartirles algunas de las reflexiones que surgen de nuestra experiencia y que, según creo, nos aproximan al horizonte de nuestro proyecto institucional.

En nuestro Informe anterior nos planteamos la pregunta, ¿hacia dónde estamos mirando? Hoy quisiera continuar con esa línea de pensamiento a partir de la pregunta: ¿Hacia dónde se dirigen los valores?, pregunta que me parece especialmente pertinente ante la pérdida de sentido que se manifiesta en todos los ámbitos de la actividad humana.

El juicio que se hace hoy día de los valores es multiforme: aparecen desmitificados, relativizados y, sobre todo, adquieren la apariencia de contingencia y hasta de frivolidad. Sin embargo, paradójicamente, la noción de valor está cada vez más presente en nuestros discursos y, por ello mismo, es cada vez más importante reflexionar sobre su significado.

Hoy es común encontrar referencias a la “pérdida del sentido”, a la prevalencia de “la ética del mercado por sobre la ética pública”, o a la “desaparición de los valores”. Todas estas referencias son, de una u otra forma, evocaciones del nihilismo.

La cuestión del nihilismo, y por tanto la cuestión de los valores, fue, sin lugar a dudas, uno de los núcleos interrogantes de la filosofía del siglo XX.

Proféticamente, desde finales del siglo XIX, Nietzsche identificaba la historia con el proceso del nihilismo, que él mismo resumía en lo que llamaba la desvalorización de los valores supremos. La “muerte de Dios”, según su pensamiento, implicaba la muerte del Hombre. Con este pensamiento, Nietzsche nos remite al Michael Foucault de *Las palabras y las cosas*.

Para Heidegger, el nihilismo es el movimiento mediante el cual el Ser queda olvidado y se transforma totalmente en valor. Ciertos filósofos –Gianni Vattimo entre otros– definen el nihilismo como la reducción del Ser a un valor de intercambio.

En la alborada del siglo XXI, cuando la posibilidad de reapropiación de los valores humanos parece derrumbarse; en el momento en que se profetiza el advenimiento de una poshumanidad, incluso de lo inhumano; cuando la vida humana ha pasado a ser una mercancía más; cuando múltiples guerras y despojos causantes de tragedias ecológicas y humanas desacreditan la hipótesis del “fin de la historia”; cuando las sociedades de diversas partes del mundo se movilizan en busca de nuevas éticas, nuestra universidad no puede eludir una reflexión prospectiva y filosófica en torno a la pregunta planteada anteriormente: “¿Hacia dónde se dirigen los valores?”

Pregunta que nos parece central por una simple y sencilla razón: su respuesta es una condición necesaria tanto para explicarnos el sentido actual de nuestra educación universitaria como para dotarla de nuevos sentidos.

Para Voltaire, en el siglo de la Ilustración, no había ninguna duda: sólo existe una moral al igual que sólo existe una geometría. Pero esta certidumbre universalista se ha ido desvaneciendo desde hace tiempo ante el origen no matemático, sino totalmente humano de la ética. La gran crisis de los valores, que ha trastornado los dos últimos siglos, trae consigo múltiples incertidumbres.

Así, en un mundo marcado por el encuentro planetario entre culturas, ¿cabría esperar que se expresen antagonismos virulentos, choques violentos entre valores contrarios? ¿O tal vez hibridaciones inesperadas y novedosas entre sistemas de valores de orígenes y de orientaciones hoy en día extrañas o mutuamente excluyentes?

El siglo XX, con dolor, ha vuelto a poner en tela de juicio nuestras certezas acerca de la sociedad, la historia, la ciencia, la técnica y la humanidad misma. La crisis contemporánea de los valores ya no es sólo la de los marcos morales tradicionales heredados de las grandes tradiciones religiosas, sino también la de los valores laicos que les sucedieron asociados a la ciencia, el progreso, el desarrollo, la emancipación de los pueblos y a ideales solidarios y humanistas.

La barbarie que dejó su huella en el siglo XX, amenaza de nuevo nuestro futuro. ¿Acaso no existe el riesgo de que el desarrollo de las técnicas, factor tan decisivo como incontrolable de cambio, desemboque en una humanidad irreconocible, que algunos ya han designado con el término desconcertante de “poshumanidad” o “inhumanidad”?

La inhumanidad, el peor de todos los vicios según Voltaire, es más amenazadora por el hecho de que, a menudo, tiene su origen en el propio discurso de lo humano. Representa una desviación de nuestros discursos culturales que no podemos soslayar, dado el papel protagónico que nos corresponde asumir como ciudadanos y como universitarios en la preservación y la renovación del humanismo, así como en la configuración de la relación de éste con los valores y la tradición.

En un universo de innovaciones y de rupturas radicales, que rápidamente afectan a la especie humana en su conjunto y que modifican los equilibrios geopolíticos, ¿cómo concebir la continuidad de la Historia, a la vez que mantener la utopía deseable de cambiar su rumbo hacia la búsqueda de una vida mejor para todos? ¿Podemos mantener el objetivo de un proyecto universal que sea compatible con la multiplicidad de culturas y tradiciones, y que se enriquezca de sus historias entrelazadas?

Paul Valéry nos ayudó a percatarnos de que nuestra concepción de los valores morales o estéticos se aproxima, en un mundo dominado por la especulación y el mercado, al modelo del valor bursátil. El valor “conciencia” no es diferente del valor “oro” y no deja de fluctuar, decía Valéry. Ya no existe un patrón fijo de valores, sino que todos los valores fluctúan en un amplio mercado. Sus cuotas suben y bajan según las ganancias, los entusiasmos, las ambiciones, los pánicos y las más subjetivas apuestas.

Vivimos en lo efímero, la obsolescencia acelerada, el capricho subjetivo, como si los más sagrados valores estuvieran obsoletos, ahora sin fundamento, pudieran entrar en el gran mercado de las inversiones o de los créditos inmobiliarios, y fluctuar a su vez. Fluctuación que seguramente nos llevará a un desastre como humanidad.

Esta forma momentánea y especulativa de concebir los valores corresponde a un gran número de fenómenos éticos y estéticos del mundo contemporáneo. Así por ejemplo, la lógica bursátil de los valores, al igual que la lógica de la moda, de la eficiencia, de la competitividad o de las tendencias de corto plazo, implica jugar con múltiples “indicadores” momentáneos que deben atraparse al instante, como en las encuestas y otras modas. La información “instantánea” sustituye así el sentido de la Historia y el reconocimiento de sus largas evoluciones ya incomprensibles.

La pregunta pertinente para nosotros es: ¿Cómo podemos, en este poderoso contexto que parece favorecer la “frivolidad” de los valores, considerarlos “serios” y deseables? ¿Cómo puede la educación superior universitaria encontrar su lugar en un mundo fluctuante, incierto, marcado por la conversión de todo en mercancía y por la influencia emocional e intelectual de imágenes efímeras?

El siglo XXI podría estar marcado por una enigmática contradicción: por un lado, nunca se habrá dado tanto valor a lo efímero; por otro, el surgimiento de sociedades del saber, que tienden a hacer de la educación para todos y a lo largo de toda la vida no sólo un simple sueño, sino un proyecto, parece abrir la puerta a la emergencia de un nuevo esquema de valores que sean, más que heredados, inventados, más que reproducidos, creados.

La idea de “creación” está por todas partes. Todos aspiramos a ser “creadores”. Cada producción, empresa o acción se plantea con referencia a la creación

artística. Se reconoce plenamente al artista como referente de toda actividad productora de sentido y novedad.

En la vida personal nos vemos obligados a “crear un estilo de vida”. En la vida económica se postula la innovación tecnológica como motor del desarrollo. Las fuerzas del mercado sitúan en primer plano las seducciones de la oferta y la multiplicación infinita de los deseos, que tan sólo un dinamismo incesante de creaciones puede alimentar.

Es decir, se trata, primero y antes que nada, de crear nuevos valores.

¿Podemos entonces plantear la posibilidad de crear nuevos valores frente al predominio de los valores del mercado? Sin lugar a dudas, el siglo XX ha sido testigo del declive en varias partes del mundo de la adhesión a los dogmas religiosos tradicionales. Sin embargo, al mismo tiempo, ha conocido una diversificación de búsquedas personales o comunitarias de diversa naturaleza.

Ahí está, por ejemplo, la emergencia de nuevos movimientos sociales a lo largo y ancho del planeta ¿Acaso estos surgimientos conllevan nuevos valores que podrían ser esenciales para un mundo por venir así como fuente de renacimiento civilizatorio?

Paradójicamente, cuando la cohesión social se desquebraja y las solidaridades tradicionales se desvanecen debido al incremento de violencias de todo tipo que destruyen vínculos heredados e identidades históricas, se observa un crecimiento sin precedente de nuevas formas de asociación y el nacimiento de nuevos tipos de solidaridad.

¿Cuáles son los tipos de valores que crean estas redes inéditas de afinidad, alianza y comunicación? En un mundo cada vez más dominado por el interés económico y los valores materialistas y narcisistas de consumo, hedonismo y satisfacción a corto plazo, ¿cómo puede la educación superior universitaria apreciar e impulsar la emergencia de valores alternativos “posmaterialistas”?

Estas preguntas que surgen en torno a los valores como tema recurrente en los distintos discursos que se tejen en la sociedad, son el síntoma de la mutación profunda que nuestras sociedades experimentan bajo los efectos conjuntos de dos fenómenos de gran amplitud: la mundialización y las nuevas tecnologías.

La mundialización, al contrario de lo que se escucha con demasiada frecuencia, no se reduce a la sola integración liberal de los mercados o al surgimiento de un pensamiento global. En realidad, la mundialización, como sentimiento de pertenencia a un mundo común viene de muy lejos. ¿Acaso no fueron los filósofos en el propio Imperio romano quienes imaginaron por primera vez el concepto de cosmopolitismo?

Edgar Morin lo subraya acertadamente: la historia de la primera mundialización, la de los exploradores, la de los grandes descubrimientos y de la colonización llevada a cabo por Europa sobre el resto del mundo desde el siglo XVI, que vio prevalecer la dominación más cruel que jamás haya existido en la historia del planeta –política, económica y cultural–, no debe ocultar la existencia de una segunda mundialización: la mundialización de las conciencias que, desde Fray Bartolomé de las Casas hasta las ONG's y los movimientos sociales mundiales contemporáneos, ha sido un fenómeno tanto político como filosófico y cultural, basado en la idea de nuestra humanidad común y la visión prospectiva universalista de una ciudadanía planetaria bajo el dominio de Occidente.

¿Se puede plantear la posibilidad de coexistencia armoniosa, pacífica y sin excesos entre distintas culturas en el marco de una mundialización excluyente? Todo intento de respuesta a esta pregunta tiene que subrayar la persistencia de enormes desigualdades sociales tanto en el nivel mundial como en el nacional y local. Considerar también el papel contradictorio de las nuevas tecnologías y de la “revolución de la informática” en el proceso de mundialización.

Es un hecho que, aprovechando las actuales transformaciones, la desigualdad económica y social entre quienes lo tienen todo y quienes no tienen nada o casi nada, se ha agudizado en las últimas décadas. Frente a esta polarización social, resulta imperativo un auténtico intercambio entre culturas, que conlleve una distribución universal no sólo de la riqueza material sino también de los conocimientos.

En esta perspectiva, la cuestión de la pluralidad de las culturas no puede limitarse al debate sobre los valores. Se tiene que debatir sobre nuevas formas de producción social, de democracia, de justicia, de preservación del ambiente.

En los tiempos de la mundialización y de las nuevas tecnologías, el nuevo reto consiste en saber cómo preservar la diversidad cultural. No se pueden subestimar las amenazas que pesan sobre esta diversidad. El ejemplo de los idiomas y las lenguas autóctonas resulta claramente ilustrativo de estas amenazas.

Es innegable que la ausencia de un verdadero plurilingüismo propicia la extinción y deterioro de dichos idiomas y lenguas. Esto es una tragedia puesto que, como señaló alguna vez Rafael Ramírez, el gran maestro normalista constructor de la escuela rural mexicana, “la vida entera de los pueblos se condensa en su lenguaje; porque la lengua es la imagen misma de nuestra cultura; porque nos define en nuestras formas de pensar y maneras de vivir”.

En el mismo sentido trágico de pérdida de la diversidad, es también paradigmático el ejemplo de los territorios y los recursos de la naturaleza, hoy sometidos a las presiones de poderosas fuerzas que convergen en favor de su explotación y depredación ilimitadas.

Pero el mal mayor que ya distingue a nuestra época es el deterioro de la identidad y la dignidad humana, es decir, la carencia de humanidad. De cara a este mal, la misión de cualquier cultura es distinguir lo humano de lo inhumano.

Aunque hoy la imagen de lo humano se diluye en la cultura dominante de la modernidad, ésta no puede eludir la cuestión de la tradición, que no sólo es la cuestión de la ruptura entre el tiempo interior y el tiempo exterior, sino también la del tiempo anterior que todos llevamos dentro, es decir, la ruptura entre el tiempo interior y el tiempo exterior y el tiempo que todos llevamos dentro, es decir, de la *alteridad*.

Cuando las franjas primitivas del alma surgen delante de nosotros y la idea de progreso se queda atrás, la *alteridad* aparece como la propia anterioridad en el tiempo. Pero no se ha encontrado una correspondencia humana entre la tradición y la modernidad. No hemos dado espacio a la *alteridad*.

La globalización negativa de hoy es la expresión de esta crisis de temporalidad, de este tiempo inasible en el que la resurrección de Dios encuentra la muerte de Dios, la ciencia niega el saber popular, la hipertrofia de la memoria encuentra la pérdida de memoria y, en todo caso, se pierde la orientación de la época, es decir, el sentido del presente.

Así, nuestra humanidad se agota entre las ilusiones de la memoria y la no creencia en el progreso. La globalización negativa aparece entonces como decadencia de la modernidad en su relación con la tradición y viceversa.

A nuevos retos, nuevas respuestas. El nuevo mundo posible, o mejor dicho, los nuevos mundos posibles que se perfilan ante nosotros, nos imponen reconsiderar radicalmente los contratos sociales, pilares de nuestras sociedades, pues, ciertamente, las transformaciones globales reclaman un proyecto de nuevos fundamentos éticos y políticos.

La UNESCO, por ejemplo, ha sugerido un proyecto en torno a cuatro nuevos contratos sobre los cuales bien vale la pena reflexionar y ubicar en el marco de nuestro proyecto ético-político institucional, en la perspectiva de aproximarnos a un nuevo paradigma universitario de naturaleza dialógica y pluriepistemológica. Cuatro contratos que, ciertamente, encuentran sus correlatos en nuestro Plan Institucional de Desarrollo 2012-2018.

El primero de ellos, es un nuevo contrato social basado en la educación para todos y a lo largo de toda la vida. Se postula que, sin esta generalización, no es posible acabar con la pobreza, promover con eficacia los valores democráticos ni construir auténticas sociedades del conocimiento.

El segundo es un “contrato natural” que deje de elevar al ser humano a “dueño y poseedor” de la naturaleza para convertirlo en su depositario y en parte de ella, a fin de terminar con el despojo y la explotación irracional de los recursos naturales

a nombre del “progreso”, y que amenazan con cancelar irremediablemente las posibilidades de un desarrollo incluyente, justo y sustentable en favor de las generaciones futuras.

El tercero, es un contrato que garantice la prevalencia de la diversidad cultural y reconozca la legitimidad de los diferentes proyectos, visiones del mundo y de la vida que se expresan al interior de sociedades heterogéneas y multiculturales.

Finalmente, el cuarto contrato se funda en una nueva concepción de las exigencias éticas para uso de los conocimientos científicos y en el ideal de los derechos humanos, que garanticen la vida del planeta y de quienes lo habitamos, y permitan construir las bases de una nueva educación y ciudadanía planetarias.

En otros tiempos, el problema de la relación entre el conocimiento científico y la ética no se planteaba, ya que precisamente la ciencia occidental moderna se basaba y se desarrollaba en el rechazo de cualquier interferencia política, religiosa y ética. Había que “conocer”, fueran cuales fueran las consecuencias.

Este dilema no acarreó ningún problema serio hasta el siglo XX, cuando la ciencia y las técnicas empezaron a desarrollar enormes poderes de destrucción y de manipulación. Hoy, la relación entre el conocimiento científico y la ética se ha vuelto decisiva, en tanto que, desde el momento que existe lo que Max Weber llamó un “politeísmo de los valores”, los desarrollos científicos provocan la emergencia de conflictos entre imperativos éticos no sólo contrarios sino, muchas veces, antagónicos.

Al respecto, Edgar Morin nos propone concebir y asegurar la relación entre ciencia, ética y política, es decir, eliminar el aislamiento que predomina en torno a la cuestión de los valores; admitir, de entrada, los conflictos entre distintos imperativos éticos; asumir la incertidumbre sobre el resultado final de nuestras mejores intenciones y respetar los valores de los *otros*, es decir, reconocer la *alteridad*.

Las contradicciones éticas siempre han existido, pero hoy resurgen agudizadas como consecuencia de los desarrollos científicos. Por ello, es necesario someter a la ciencia a principios éticos; considerar los riesgos y cuestionar las consecuencias de los avances en campos tales como, por ejemplo, la genética y la biotecnología.

¿Acaso no podrían los avances de la revolución genética suscitar una forma de autodomesticación humana? ¿No asistimos acaso a un asedio de la biodiversidad por parte de fantasmas farmacéuticos y biotecnológicos que ponen en riesgo territorios, formas de vida y saberes de comunidades y pueblos enteros, como nuestras comunidades del maíz?

La relación entre la ética y la política, que debería ser una relación complementaria, es muy a menudo antagónica. En la política de los Estados y gobiernos, las consideraciones de hecho, es decir, la *Realpolitik*, las relaciones de

fuerza y las de poder, en el mejor de los casos, tienden a relegar las consideraciones éticas y, en el peor de los casos, a obstruirlas. La política no tiende simplemente a descartar la problemática ética. La ética también puede elaborarse contra el realismo político.

La ética no es necesariamente irrealista al igual que la utopía no significa sólo lo imposible. Existe obviamente una mala utopía, la de una sociedad perfecta, sin conflictos ni contradicciones, completamente armoniosa. La buena utopía se basa en posibilidades no realizables aún. Hoy parece imposible, por razones políticas, alimentar o proporcionar educación a todas las personas del planeta. Mas de 7 mil alumnos de 14 mil en esta universidad, van a quedar sin una oportunidad de estudio por razones políticas.

Pero es posible técnica y materialmente. La paz sobre la Tierra también es una posibilidad, aunque hoy parezca imposible a la luz de la violencia que parece dominar al mundo.

Lo que quiero subrayar es la visión de que en política, como en educación, es necesaria una dialógica, es decir, una relación complementaria entre ética y política. La amenaza ecológica sobre la biósfera, la amenaza nuclear y todas las amenazas y violencias que proceden de la locura humana hoy desencadenada, exigen esta relación complementaria.

No podemos prever ni diseñar el futuro, pero, si asumimos nuestra responsabilidad moral frente a los peligros que amenazan con destruir nuestro hábitat común, debemos dar vida a la dialógica entre ética y política, en un esfuerzo comprometido de cara a esa amenaza.

Podemos concluir que la pérdida de sentido a la que nos referimos inicialmente con el nombre de nihilismo, es el horizonte recurrente de preguntas y reflexiones como las que aquí nos hemos planteado. Basta con mirar a nuestro alrededor los horrores de la globalización negativa, para comprender que quizás nuestras sociedades actuales, tras haber perdido el tiempo, están a punto de perder también el alma.

Es como si, en esta época de productividad de corto plazo y competencia salvaje, nos hubiéramos sometido al culto del dinero y del poder y a la tiranía de la urgencia. Es como pagar un tributo muy alto por el ideal de maximización y competitividad del individuo, de chantaje por el resultado, de realización incondicional del ser humano como programa cibernético.

Obviamente, este sometimiento deshumanizado no está en el horizonte de nuestra universidad, pero debemos estar atentos al peligro que ello representa si nos dejamos seducir por los nuevos dioses vinculados al afán de dominio y por la ilusión del progreso a ultranza y el éxito sin ética.

Sin embargo, es posible que la pérdida de sentido, la “desvalorización de los valores supremos”, no sea más que una ilusión: la de la melancolía. Ante la pregunta ¿Hacia dónde se dirigen los valores?, la pérdida de sentido constituye sólo una respuesta triste y parcial.

Sería mejor hablar de creación de sentidos nuevos y, entonces, apostar por una nueva educación superior universitaria que contribuya a la humanización de la humanidad. Una educación universitaria fundada en una síntesis cultural cuyo horizonte sea la creación y difusión de nuevos conocimientos, saberes y valores, que conjuguen la búsqueda simultánea de la verdad, el bien y la belleza.

Porque el conocimiento no se puede reducir a las actitudes y capacidades inherentes al rigor científico. El conocimiento es también creación ética, estética y política; renovación, acompañamiento cognitivo, axiológico y gnoseológico del cambio. Nuestra universidad no podría proponerse un objetivo mejor que el de mostrar el camino hacia esa síntesis cultural.

Encarnar esta apuesta en proyectos y acciones concretas es un reto estrechamente vinculado al gran desafío de fortalecer nuestra autonomía y legitimidad social. Supone hacer frente con nuevas propuestas epistemológicas a las tendencias que postulan una universidad pública monocultural al servicio del mercado.

Nuestro Tercer Informe de Actividades constata que estamos ya enfrentando ese reto y construyendo esas propuestas. Aquí hemos señalado nuestro esfuerzo por establecer vasos comunicantes de diálogo y solidaridad entre distintos sujetos y grupos sociales morelenses y entre ellos y la universidad, en la perspectiva de contribuir a la emergencia de propuestas imaginativas para enfrentar las graves problemáticas sociales que requieren urgente solución en el actual momento histórico. Propuestas que, necesariamente, tienen que conjugar ética, experiencia política y utopía, experiencia histórica y contexto.

En la misma tesitura está la resignificación de la extensión universitaria, las políticas de regionalización de la oferta educativa, el diálogo intercultural, la concepción de nuevos programas educativos de naturaleza pluriepistemológica e interdisciplinar, las cátedras universitarias, así como los llamados claustros universitarios, por citar algunas cuestiones significativas.

De esta manera, nuestra universidad se reafirma como espacio público democrático que reconoce y asume la *alteridad* como condición necesaria para transitar hacia una nueva educación universitaria orientada a la hominización, en el horizonte de un posible nuevo comienzo planetario.

Esta reafirmación constituye uno de los ejes articuladores de nuestro proyecto institucional, puesto que conlleva el diálogo entre la ética y la política y, consecuentemente, permite darle un nuevo sentido a nuestras funciones sustantivas a la vez que acentuar la responsabilidad social de nuestra universidad.

Partimos de una premisa ética fundamental: un pensamiento que elimina por principio al *otro* es simplemente un pensamiento suicida. Pensar y actuar éticamente es recuperar para nuestros jóvenes en formación un universo y un lenguaje donde el *otro*, esa alteridad que nos conforma como sujetos, no sea el enemigo, sino aquel que acogemos en su diferencia. Si pensamos y actuamos éticamente de acuerdo con una ética universal del ser humano, le daremos un nuevo sentido a nuestra educación universitaria.

Hanna Arendt se refería metafóricamente al espacio público como un ámbito dominado por la luz; como símbolo claro de lo que se ve y se revela ante los ojos de los demás, y cuya cegadora luminosidad hace que nada pueda permanecer oculto.

Según esta metáfora, la palabra y la acción son las capacidades más propiamente humanas y son las que permiten gestar, renovar y hacer luminoso el espacio público. Es en el acto de contar la propia historia donde el sujeto descubre, muestra e ilumina su identidad propia.

El espacio público es, entonces, un ámbito que permite a cada individuo construir e iluminar su identidad, mediante sus acciones y discursos. La acción política y el discurso constituyen un ámbito de aparición en el cual, los sujetos, al actuar juntos, dan a luz a lo que ellos son y a lo que desean que sea su mundo.

La universidad, nuestra universidad, como paradigma de lo público, es el ágora por excelencia en donde se pueden expresar las virtudes cívicas para la aparición, frente a los otros, de las diferencias y singularidades individuales, de la pluralidad como atributo propio del espacio público.

De aquí la importancia del esfuerzo que estamos haciendo por construir espacios públicos luminosos –en la acepción arendtiana–, y por darle a nuestra universidad ese carácter. Esfuerzo en el que persistiremos porque así nos lo exige nuestra responsabilidad social de ser y estar en relación con los otros, en relación con los pueblos. Porque hoy, como ya hemos señalado, tanto en educación como en política, la lucha es por nuestro hábitat común: un mundo hecho de muchos mundos.

Si sólo existiera un mundo, éste sería inhabitable. Para que exista el universo humano tiene que haber muchos mundos: campos de batalla y refugios; viajes y retornos; pasados y futuros; amaneceres y puestas del sol; lugares de donde procedemos e Itacas a donde deseamos llegar; orígenes y horizontes.

Si sólo existimos en la tensión del futuro, nos rompemos; si sólo existimos en la memoria del pasado, nos paralizamos. Hacen falta muchos tiempos para humanizar al mundo, a fin de que surjan muchos mundos de él. Hace falta un próximo y un lejano, un aquí y otro sitio para construir un hogar, para ubicar el lugar de este mundo, para soñar y concebir esos otros mundos.

La odisea de la humanidad sigue siendo desconocida y, por ello, la incertidumbre evoca la esperanza. Desear un mundo mejor, no es desear el mejor de los mundos. Más allá del nihilismo al que nos hemos referido, entre las ruinas que va dejando tras de sí el huracán de la modernidad, está sucediendo un renacer que va dando vida a una nueva utopía, aunque pocos lo perciban.

En medio de ese huracán, la misión de una educación universitaria en pro de la hominización, es contribuir a la lucha en favor de ese renacer.

Convoco a la comunidad universitaria a que, juntos, nos situemos en la verdadera dimensión del Hombre, hundamos nuestras raíces en lo más profundo de la sociedad a la cual nos debemos y, en medio del peligro y la incertidumbre, nos sumemos a esta lucha. Como escribió Hölderlin: "Ahí donde crece el peligro, crece también lo que nos salva".

Por una Humanidad Culta

Una Universidad socialmente responsable

Muchas Gracias.